

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

Primera edición: 2016

© Miguel Fernández-Braso

© Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala

© De la transcripción, Cristiana Fimiani

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala

*Una conversación literaria*

ISBN: 978-84-338-5988-4

Depósito Legal: GR/1284-2016

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: La Trama Digital

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España / Printed in Spain

**UNA CONVERSACIÓN LITERARIA**  
**(Madrid, 1970)**

Francisco Ayala  
Miguel Fernández-Braso

Fundación Francisco Ayala  
Universidad de Granada

2016



## Índice

*Una pequeña explicación,*  
por Miguel Fernández-Braso 11

Nota editorial 13

### UNA CONVERSACIÓN LITERARIA

Inicios literarios. Las tertulias. Ortega y Gasset.  
Gómez de la Serna 21

Manuel Azaña. La guerra civil 35

El exilio 44

Alemania 48

De nuevo, Ortega y Gasset 57

*Muertes de perro* 66

El exilio literario 69

La Sociología 73

Camilo José Cela. Literatura y pornografía 75

Julio Cortázar 83

Literatura y biografía. Infancia en Granada 85

Azorín 90

Ramón Pérez de Ayala 91

Ideas y opiniones políticas 93

Realismo literario	97
Los medios de comunicación	101
Literatura y realidad histórica	103
De nuevo, <i>Muertes de perro</i>	108
Américo Castro	112
Argentina: Borges, Mallea, Murena	114
La década de 1950	121
De nuevo, la obra narrativa	124
Ramón J. Sender	135
Manuel Andújar	138
Rafael Alberti	140
Max Aub	142
Jorge Guillén	145
Pedro Salinas	147
Segundo Serrano Poncela	150
Rosa Chacel	150
Mariano Perla	151
Críticos y profesores en el exilio	152
Juan Ramón Jiménez	155
Obra y exilio. De nuevo, Ortega y Gasset	157
El <i>boom</i> de la novela hispanoamericana	160
Actividad docente	171

<i>Muertes de perro y El fondo del vaso</i>	172
Miguel Delibes	174
De nuevo, Ramón Pérez de Ayala	174
UNA ENTREVISTA Y CUATRO CARTAS	
<i>Francisco Ayala, exiliado sin ira,</i> por Miguel Fernández-Braso	189
Cartas de Ayala a Fernández-Braso	
1.	197
2.	198
3.	199
4.	199
Índice de nombres y títulos	201



## Una pequeña explicación

LEER estas conversaciones con Francisco Ayala después de cuarenta y seis años me produce un cierto desasosiego nostálgico y a la vez la sorpresa de que buena parte de las preocupaciones de entonces sigan vigentes todavía.

Nosotros conversábamos sin un guion establecido previamente y, por tanto, sin una preparación por parte de Ayala de los temas a tratar. Por eso me sorprende todavía su capacidad de improvisación y su amplia cultura. También su equilibrio y su sentido del humor, que va quedando de soslayo, pero que penetra por su agudeza sin exhibicionismo.

Las conversaciones las tuvimos en días diferentes, no recuerdo con qué intervalo entre unas y otras. Por esta razón, son inevitables ciertas repeticiones que se respetan para conservar la espontaneidad del diálogo.

Mis intervenciones son mínimas porque mi intención era señalar el tema para incitar al maestro Ayala a su desarrollo. También porque buena parte de mis palabras no están recogidas en la transcripción. Así se lo sugerí a quien pasó la voz de las cintas al papel, mi amigo y colaborador Luis Pérez Carmona. Importaban las ideas de Ayala. Mis preguntas eran lo de menos, solo indicativas del tema propuesto. Lo importante, para mí, era escuchar. Dejarle hablar. Interrumpir lo menos posible, que los nombres personales y la geografía se enlazaran y se cruzaran en la charla. Es lo que he hecho siempre en mis conversaciones literarias. Intentar que el protagonista sea el personaje y no el entrevistador.



Ahora, naturalmente, ciertas preguntas serían distintas, responderían a las preocupaciones de hoy y algunas dejarían de ser tan juvenilmente ingenuas. Entonces tenía treinta años y era un inquieto y fervoroso practicante del periodismo cultural.

Lo gratificante es que gracias a la Fundación Francisco Ayala estas conversaciones pueden ser compartidas y mostrar las preocupaciones literarias y sociales de aquellos años, cuando todavía vivía el dictador —que parecía eterno, como un castigo divino— y la democracia estaba enmarcada en un paisaje lejanísimo.

El libro, si se hubiera preparado entonces para su edición, habría sido elaborado con Ayala y el resultado sería distinto. Sin duda, mejor. Lo que ahora se muestra es un borrador de un diálogo espontáneo. Tiene la frescura de lo improvisado, aunque luego corregido por el propio entrevistado.

Mi recuerdo de Francisco Ayala no puede ser más entrañable. Era un hombre de una finura y una cordialidad exquisitas. Y de un talento singular. Pero como buen andaluz, sin ostentaciones ni falsos subrayados. Tuve la satisfacción de publicar una conversación con él en unas páginas de *Pueblo literario*. Fueron, creo, sus primeras manifestaciones en un diario de gran difusión: era junio de 1969. La entrevista se recogió en el libro de Ayala *Confrontaciones* (1972) y en el mío *De escritor a escritor* (1970).

En mi casa tengo un recuerdo de don Francisco —como yo le llamaba con todo respeto— que me trajo de un viaje a Roma: una pequeña y preciosa caja marrón, de madera y cuero, donde guardo los dientes de leche de mis hijos.

Miguel Fernández-Braso

La Servalea. Boadilla del Monte, primavera de 2016

## Nota editorial

### La conversación

DURANTE el proceso de recopilación del epistolario de Francisco Ayala, en febrero de 2015, nos dirigimos a la galería Fernández-Braso, de Madrid, confiando en que su fundador y titular conservase algunas misivas de la época en la que Ayala y él, según documentos de prensa, colaboraron, el uno como prestigioso intelectual exiliado que había decidido reincorporarse paulatinamente a la vida pública española, y el otro como activo mediador, desde frentes diversos, en la tarea de ampliar la comunicación de artistas y creadores con su público natural inmediato. Miguel Fernández-Braso nos confirmó que en efecto guardaba algunas cartas de Ayala y que tenían que ver con un proyecto inconcluso que ambos pusieron en marcha hacia 1970.

Fernández-Braso (Villanueva del Arzobispo, Jaén, 1940) colaboraba habitualmente entonces en las páginas culturales de *ABC* y *Pueblo*. En junio de 1969 publicó una entrevista con Ayala en este último diario, con un título que preludiaba el espíritu de la casi inminente Transición: “Francisco Ayala, exiliado sin ira”. La entrevista se incorporó al volumen *Confrontaciones* (1972), junto a otras en las que Ayala se presentaba ante los lectores españoles, “de persona a persona”. Las fotos que hizo Julio-César por aquel entonces son las que Ayala le pide a Fernández-Braso en la primera carta conservada: “Son las mejores que jamás se me han hecho —escribe—

y quisiera que mi imagen física sea fijada a través de esas excelentísimas fotografías”.

En esa misma carta, de 17 de noviembre de 1969, Ayala le escribe desde Chicago a Fernández-Braso: “... pienso volver pronto a España por unas cuantas semanas hacia fines de diciembre o principios de enero, y entonces podremos charlar amplia y detenidamente sobre muchas cosas, incluso, si tiene siempre ganas de hacerlo, sobre su proyecto de conversación literaria *in extenso*”. Durante esa estancia de Ayala en España se debieron de producir las grabaciones de la extensa conversación literaria mencionada, cuyos borradores dan lugar a este libro, porque en la carta de 23 de marzo de 1970 Ayala ya se interesaba por la transcripción.

La idea de formar un libro siempre estuvo detrás de ese proyecto, un libro que Ayala consideraba “una oportunidad de decir cosas que, sin caer en lo trivial, tengan a la vez un tono ligero e íntimo en cierta medida; cosas, en fin, que no son para escritas sino más bien para habladas”. Cabe pensar que Ayala buscaba también fijar su imagen literaria para presentarle al público español sus orígenes, ideas y logros artísticos, apenas conocidos en aquel momento a causa del tiempo y la distancia. Un libro con el que este proyecto comparte algunas características es el de Rosario Hiriart, *Conversaciones con Francisco Ayala*, publicado por primera vez en 1982, pero elaborado con materiales de índole diversa recogidos por la autora a lo largo de la década de 1970 para una posible biografía de Francisco Ayala.

El proyecto de Fernández-Braso quedó truncado por falta de editor, según nos comunicó el escritor y galerista al hacer donación de su original a la Fundación. Ayala le había devuelto la transcripción de las grabaciones con abundantes supresiones y enmiendas, según leemos en una carta sin fecha en la que

califica el resultado de “batiburrillo”, e invita a Miguel Fernández-Braso a que lo considere “la materia prima nada más para que usted *escriba* el libro”. Sí que está fechado tal batiburrillo, con el que se ha trabajado para esta edición; su portada dice: “Conversaciones con Francisco Ayala / Madrid, 11 de julio, 1972”.

### **El borrador corregido**

LA lectura del texto transcrito permite deducir que la grabación se produjo en diferentes sesiones (Ayala se refiere varias veces a “el otro día”) y que la transcripción no tuvo en cuenta el orden de las sesiones. Consta de 171 páginas mecanografiadas, numeradas en la esquina superior izquierda, excepto las cuatro primeras que aparecen numeradas, con la misma máquina, en la esquina superior derecha. Estas cuatro primeras páginas tienen un formato más reducido, similar a la página que sirve de portada, que se les antepone sin numerar; las cinco corresponden al arranque de una versión en limpio de la transcripción muy corregida que devolvió Ayala, según puede verse comparando las líneas coincidentes que terminan e inician las dos versiones, en una página 4 cuya numeración se duplica. A partir de la página 4 de la transcripción corregida, las numerosas indicaciones de Ayala en tinta azul de bolígrafo no están incorporadas al texto; cuando los fragmentos suprimidos son extensos, Ayala los tacha con lápiz. Las páginas 75, dedicada a Fernández Almagro y Azorín; 103 (bis), que trata de Héctor Murena; y 139, sobre Juan Ramón Jiménez, están completamente reescritas por Ayala, con su propia máquina.

Ayala corrige a fondo no solo los errores cometidos durante la transcripción, sino, sobre todo, las expresiones y circunlo-

quios que acentúan en exceso el tono coloquial. Las intervenciones del entrevistador son muy breves o inexistentes a veces –como él mismo ha explicado en su texto inicial– y ha sido necesario suplirlas en varias ocasiones, a partir de la respuesta, cuando no quedaron recogidas en la transcripción.

Disponemos por tanto del borrador de una larga entrevista grabada en los primeros meses de 1970, de la que se prepararon las páginas iniciales de una versión reescrita en julio de 1972. El resto, desde la página 5 a la 171, quedó corregido a mano por Ayala, a la espera de ser pasado a limpio y reelaborado al alimón con el entrevistador.

## **Este libro**

HEMOS concebido este libro como la edición de un documento, valioso por su contenido informativo, aunque se quedase en fase embrionaria. El lector habitual de Ayala encontrará en él fácilmente el adelanto de pasajes que en *Recuerdos y olvidos (1906-2006)* aparecerán de forma más o menos literal; el investigador interesado en el ambiente cultural y político de esos años decisivos para la cultura española –nos referimos al arranque de la década de 1970– quizá se sorprenda de la claridad de ideas respecto a su condición de exiliado y a su regreso a la “ingrata patria” que distingue la posición de Ayala de la de tantos otros compatriotas que corrieron su misma suerte; quienes compongan con estas páginas su primera imagen de Ayala, dentro del relativo desorden del que venimos advirtiendo, recibirán opiniones literarias, observaciones sociológicas y políticas precisas y evocaciones de tiempos y lugares que en 1970 ya parecían lejanos, que trazan los rasgos principales de su *retrato*.

Para facilitar la lectura, hemos introducido epígrafes que, de forma no exhaustiva, indican el contenido del texto, aunque el borrador carece de ellos y de cualquier otro tipo de indicaciones sobre su disposición. Junto al índice de nombres y obras, dichos epígrafes deben hacer más accesible la información. Se han actualizado la puntuación y la ortografía y, en contadas ocasiones, se ha completado una laguna o se ha corregido una mala interpretación de las grabaciones.

Al final del volumen, se reproducen la conversación que los dos protagonistas de este libro mantuvieron en junio de 1969, las cartas mencionadas en esta nota y una página del borrador de la transcripción, para dar idea de su estado.

Granada, verano de 2016



## **UNA CONVERSACIÓN LITERARIA**





### **Inicios literarios. Las tertulias. Ortega y Gasset. Gómez de la Serna**

– Sí, mi primera novela fue muy temprana. La escribí sin haber tenido todavía ningún contacto con la vida literaria, cuando era un estudiante de diecisiete o dieciocho años. Estudiaba segundo de Derecho o el Preparatorio quizá. La novela tuvo buena acogida, benévola acogida por parte de los críticos. Era el año 1925. Y enseguida, en 1926, vino la segunda, que igualmente fue bien recibida, pero ya como cosa normal. De la primera se dijo: “Bueno, aquí parece que hay un escritor importante”.

– Aquellas primeras críticas le sirvieron para tomar contacto con la vida literaria de entonces. Conoció a escritores jóvenes y empezó a introducirse en los círculos culturales de más altura. En aquellos primeros contactos le ayudó bastante su paisano y gran amigo Melchor Fernández Almagro.

– Creo que fue Benjamín Jarnés quien me llevó a Revista de Occidente. Antes de eso ya había colaborado algo, bastante, en *La Gaceta Literaria*. Seguramente fue en *La Gaceta Literaria* donde hice amistad con Jarnés y con Antonio Espina. Sí, me parece que fue Jarnés quien me llevó a Revista de Occidente. La tertulia de Ortega y Gasset era una tertulia cerrada, no la tertulia que se tiene en un café, donde puede aproximarse el que quiera. Tenía lugar en un salón de la revista misma, en la Gran Vía, donde estaba ya –y está ahora– la librería Espasa Calpe. Para presentar a alguien hacía falta pedir previamente permiso, de modo que sin duda fue Jarnés quien solicitó y obtuvo la venia. Desde entonces frecuenté la tertulia de la

Revista de Occidente, que era más formal de lo que solían ser las tertulias de café. No quiere decir que hubiera actividades ni diálogos programados, eso de ningún modo, pero el tono de la discusión estaba dado por Ortega y se procuraba hablar en serio. Entre la gente que solía concurrir estaba, como digo, Antonio Espina. Algunas veces acudían también escritores de la nueva generación que se ha llamado del 27, quienes colaboraban de vez en cuando en las páginas de la revista. Había personas que concurrían casi a diario. Durante una temporada fui una de ellas. Otras aparecían esporádicamente, como Salinas o Guillén, que eran catedráticos en provincias: Salinas, en Sevilla; Guillén, en Murcia. Cuando venían a Madrid, no faltaba su visita a Revista de Occidente. En aquella tertulia no había solamente literatos, sino también hombres de ciencia, como Blas Cabrera. Y también físicos, médicos, etcétera. Cuando venía a España alguna personalidad literaria de fuera, era de rigor que apareciera por allí. En esa tertulia fue donde vi por primera vez a Victoria Ocampo, que había publicado por entonces su libro *De Francesca a Beatrice*.

Se reunían hacia la siete y media o las ocho de la noche. Y la tertulia duraba hasta las nueve o nueve y media. Seguramente yo aprendí mucho de aquella tertulia. Ortega era quien muchas veces llevaba la voz cantante. Y cuando él cantaba, todos los demás callábamos, como es natural. Con frecuencia los temas que después iban a aparecer en sus famosos folletones, que eran la base de sus libros futuros, los desplegaba y —diríamos— los ensayaba en la tertulia. Aquellas conversaciones eran la primicia de la primicia cuando todavía las cosas no estaban escritas, sino aún en el taller de la cabeza. Ramón Gómez de la Serna iba alguna vez también. Mi relación con Gómez de la Serna fue muy curiosa. Es un escritor al que yo he admirado siempre infaliblemente, desde el comienzo hasta el final. Creía, y sigo creyéndolo hoy día, que

es uno de los escritores más importantes de toda la historia de la literatura. Y no solo española, sino mundial. Ramón aporta un punto de vista y enfoca la realidad de un modo muy personal, que debía influir decisivamente en las nuevas generaciones. Sin embargo, en el orden personal, nunca pude entenderme con él. Sentía hacia él casi una especie de extraña antipatía, no sé si de raíz mental, o temperamental, o de sensibilidad. No sé...

– Antes de ir a Revista de Occidente, antes de conocer a buena parte de los escritores que circulaban en la vida literaria, creo que fue una vez a Pombo. ¿Qué impresión le causó?

– Fue la única vez que acudí a esa tertulia. Quizá fuese una oportunidad especialmente desdichada. Había un pobre hombre, un mendigo pintoresco a quien llamaban Pirandello. El hombre desempeñaba el papel de bufón a cambio de que, cuando ya se había hartado Gómez de la Serna de explotar el espectáculo, le sirvieran un café con tostada. Este hombre había faltado, por lo visto, las semanas anteriores. Llegó y dijo que estaba malo, algo del corazón. Esto fue motivo de broma por parte de Gómez de la Serna, que no podía resistir la idea de la enfermedad ni la idea de la muerte. Era cosa que lo descomponía. Y, en efecto, se descompuso y quiso superar su miedo haciendo chistes macabros, hasta que Pirandello vomitó sangre allí en medio de la salita aquella. Todos recogimos los pies para que no nos salpicara la sangre. Y Ramón, pálido como el papel, quiso otra vez salvar la situación pidiendo, como en los toros, que los monosabios llevaran arena. Aquello me produjo tal malestar y tal indignación moral...

Fíjese que yo era un chiquillo, tenía diecinueve años. Ese mismo año el pintor García Maroto, personaje también famoso a su manera, hacía unos almanaques y encargaba a diferentes escritores que describieran las tertulias literarias de Madrid